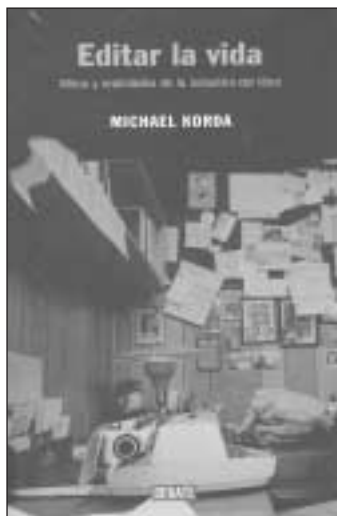


## Editar dólares (obra en dos actos, con final abierto)

Beatriz CANTERO SAIZ\*



En los últimos tiempos no es extraño toparse con libros escritos por editores que nos ofrecen de primera mano sus experiencias profesionales. Su interés es incuestionable, pero la perspectiva del mundo de la edición que éstos nos ofrecen no será suficiente para descifrar ese espacio cultural si no se ve acompañada por la publicación de estudios sobre el mundo editorial que nos aporten datos globales y nos sugieran interpretaciones, que partan de una visión externa y pretendan un análisis objetivo de la situación. La salida al mercado de este tipo de libros no es tan prolífica como necesaria. Pero existen. Doy fe.

Así, esta reseña procurará acercarnos a dos libros representativos de una y otra tendencia. Estos libros seleccionados son además una muestra de dos realidades editoriales no circunscritas al idioma español: *Editar la vida*, escrito por el editor estadounidense Michael Korda (Ed. Debate, 2005) y *Las redes ocultas de la edición*, de Janine y Greg Brémond (Ed. Popular, 2002). Si he leído sobre la edición en Francia y Estados Unidos no es sino por la laguna bajo la cual naufragaría sin duda (laguna creo que compartida con algunos de los profesionales que nos movemos en la órbita libresca) de la edición de libros en idiomas ajenos a los nuestros; tengo a veces la impresión de que podemos llegar a pensar que Joyce no hubiese escrito *Ulises* si no se hubiera comprometido Lumen a editarlo en tapas blancas con el santo y seña del hombre con abrigo. Y *Ulises*, en el fondo sabemos, hay tantos como traducciones editadas. Por suerte.

Primero abordaré *Editar la vida*, libro publicado por Debate dentro de la colección Historias, siendo ciertamente no más que eso, las historias que Michael Korda nos cuenta sobre su periplo editorial en EEUU. Del botón sustraído en este abor-

141

daje hago un somero inventario: un paseo sorprendente por la producción del *best-seller*, el primer libro de crucigramas y Shakespeare en un mismo cofre; el ejercicio de la edición como reescritura de manuscritos proyectada hacia el mercado en la que con absoluta naturalidad se reorganizan capítulos, se crean nuevos personajes o se inventan dramáticos finales, todo ello con la aquiescencia del autor (¿será entonces *autor* el término exacto?); el glamour, las estrellas, las fiestas promocionales, diversas asesorías. Resultado: un cofre lleno de todos aquellos elementos que nos hacen desmitificar un ámbito tan sugestivo como es el de la edición. Básicamente curiosidades, que en ocasiones distraen, en otras escandalizan, presintiendo en otras que este temporal también mundializa las catástrofes. Ya que bien mirado, el modelo estadounidense no es tan lejano al que se está imponiendo en otras latitudes, simplemente allí es ya un adulto perverso, en el que la inversión entre la cabeza y los pies que supone que “en adelante los grandes negocios en la industria editorial no se harán escribiendo y publicando libros, sino comprando y vendiendo editoriales” no evoca al monstruo sino al mundo.

Y esto es todo. El interés de *Editar la vida* radica fundamentalmente en la extrañeza, pero la curiosidad no es tan perseverante como el interés, de modo que a medida que se avanza en la lectura emerge el deseo de que las últimas cien páginas sean las correspondientes a la bibliografía, y así terminar. Porque Michael Korda, además, no hace en ningún momento un ejercicio de análisis del sector en el que se encuentra, no defiende lo que sucede, no critica tampoco. Está instalado, nos cuenta lo que hay. La cuestión es que el discurso del *esto es lo que hay* es terriblemente conservador. Terriblemente, sí. Porque al libro se le relega en todo momento al rincón oscuro y nadie piensa *algo habría que hacer*, se asume esta pérdida colateral del neoliberalismo como si otro mundo editorial no fuera posible.

142

Y que sea posible o no, ya veremos. Pero que es cuestionable ya lo han visto y así nos lo muestran Janine y Greg Brémond en *Las redes ocultas de la edición*, libro éste paradigma de que la máxima *Lo bueno si breve...* en ocasiones se cumple. Este libro desmonta cualquier visión resignada o condescendiente del estado actual de la edición. Y lo hace valiéndose de dos armas invencibles: las preguntas y los datos. Encontramos datos con cifras y nombres, demostrando que la información es fundamental y debe anteceder o simultanearse con la explicación, si ésta fuere necesaria. Y respecto a las preguntas, este libro revela que no sólo hay que mirar hacia donde nos señalan, que muchas respuestas se hacen evidentes con sólo planteárnoslas, que en muchas ocasiones lo que no conocemos no es que esté oculto, sino que está ocultado.

Janine y Greg Brémond, ya desde la presentación, ponen de manifiesto su intención, que no es otra que “examinar, a través de situaciones reales, el funcionamiento actual de la edición en Francia y las razones por las que el libro, en cuanto bien cultural y elemento de debate democrático, está en peligro”.

Creo que han conseguido su propósito, ahora tenemos más *qués y porqués*: el hecho de que los gigantes de la comunicación, al margen de su producción de mayor o menor calidad, no dejen espacio a otros agentes, de modo que hablar de diversidad en la edición supone un alarde de generosidad decididamente maníaca; que la difusión reviste más importancia que la

producción y por ello se editan libros exclusivamente para venderlos, al margen del valor cualitativo de los propios libros; que las 3/4 partes de la producción del libro de texto está controlada en Francia por dos grandes empresas (en 2002, fecha de edición de este libro) y que esas empresas forman parte de conglomerados que venden igual misiles que todoterrenos, permitiéndonos los autores salir del debate estrella *precio libre/descuentos/gratuidad del libro de texto* para entrar en otro tan preocupante o más (y por algún motivo silenciado) que es el de la peligrosa uniformización de los manuales de los estudiantes; las obras que ya se han perdido, el patrimonio cultural no-nato, ese libro cuya ausencia no podemos advertir porque no podemos leerlo porque nadie lo editó; las escasas posibilidades de ver publicados los libros ideológicos y políticos con ideas minoritarias o revolucionarias, cuando la lógica del *marketing* teoriza que la demanda es la que dicta lo que se produce. Todo esto, y mucho más. Pistas y preguntas de alerta roja: “Cuando un Estado entorpece la aparición de un libro, la libertad de expresión está en peligro. ¿Lo está menos cuando se trata de una empresa?”.

Afortunadamente, encontramos en este libro una extensa bibliografía tanto de libros como de artículos que nos permite ver que esta deriva editorial está siendo motivo de estudio y debate en Francia. Yo no creo que hablen por hablar. Y sí pienso que en nuestro entorno lingüístico la situación es la misma (grados aparte, allá también hace más frío), pero demoramos afrontarla.

Y sólo podremos resolver, sólo podremos apostar por una u otra dirección, si tomamos conciencia. Janine y Greg Brémond nos brindan la oportunidad de hacerlo. Un libro minúsculo como *Las redes ocultas de la edición*, minúsculo y asimismo de gran envergadura, es de obligada lectura para todos aquellos que, preciándonos de lectores y amigos, tutores, compañeros o trabajadores sociales del libro, en momentos en los que hay que proteger e impulsar aquello que merece la pena, creemos que la militancia no es vana. Sin duda no es una cuestión menor ésta que apuntan Janine y Greg Brémond: “lo que está en peligro es la libertad de expresión”.